

servador; y el General Obando, que con honores de triunfo volvió á la Nueva Granada, á su paso por Guayaquil animó á Urbina, ofreciéndole el apoyo indirecto del gobierno de Bogotá, á poner por obra el proyecto de revolución que allí se meditaba, y que no tardó mucho, efectivamente, en dar en tierra con el Gobierno de Quito.

Novoa, amenazado por los agentes de López, miraba con simpatía á los oprimidos granadinos, y no impidió que Cárdenas primero, y D. Sergio Arboleda después, comprasen armas en Quito y allegasen recursos para intentar una revolución en el Sur de la Nueva Granada. En Popayán una junta de notables había trazado secretamente el plan de operaciones: Borrero debía ejercer la autoridad civil y ARBOLEDA la militar. La impaciencia hizo abortar aquellos planes. Algunos jóvenes del valle del Cauca, llevados de desesperación, escribieron á sus amigos del Sur, que sin más espera iban á pronunciarse, y ésta fué la señal. Levantóse en Túquerres el Coronel Ibáñez con 200 hombres, marchó sobre Pasto, y fué destrozado por el General Franco en Anganoy (11 de Mayo).

ARBOLEDA recibió en Quito la noticia del pronunciamiento de Ibáñez. ¿Cómo estaba allí? De la cárcel de Popayán había salido con fianza pecuniaria que prestó su hermano D. Sergio; pero apenas hubo vuelto á su casa cuando los *democráticos*, más que tolerados, azuzados por las autoridades, se propusieron molestarle con frecuentes asonadas y tumultos nocturnos, haciendo fuego á las ventanas y amenazando derribar las puertas. Según lo acordado anteriormente por la Junta revolucionaria, AR-

BOLEDA debía permanecer en Popayán; pero reducido á verdadero estado de sitio en su propia casa, fué preciso que se escapase, y con efecto, á principios de Abril, salió de secreto en vía para el Sur. En el sitio de *La Venta*, hoy *La Unión* (famoso en la historia del asesinato de Sucre), un oportuno aviso le salvó de una celada. Excusóse de pasar allí la noche, como lo tenía pensado, y al llegar al río Juanambú, conversando con el pasero de la *tarabita*, comprendió la realidad del peligro que le amenazaba. Pasado el río, echóse á andar por veredas, y descalzo, con un pie lastimado, con ruanilla y sombrero de peón, trepando cerros y atravesando malezas, salió al fin á la explanada de Túquerres, y de ahí pasó al Ecuador.

Con otros emigrados volvía ARBOLEDA de Quito á la frontera, cuando supo en Ibarra el desastre de Anganoy, y guiado del honor, no de la prudencia, activó la marcha. Luégo que por Tulcán pasó la raya, reunió á los comprometidos y dispersos; ejecutó operaciones atrevidísimas, y atacando el pueblo de Buesaco, defendido por tropas regulares, la suerte le fué adversa (10 de Julio). En Itanjú sucumbió definitivamente aquel alzamiento.

Otras tentativas semejantes, verificadas en otras partes de la República, tuvieron el mismo infeliz remate á que de ordinario están condenados los voluntarios bisoños y gentes allegadizas, aunque por otra parte valerosas y resueltas, cuando combaten con tropas veteranas.

ARBOLEDA con otros emigró por el desierto de Sechura al Perú, y permaneció en Lima hasta prin-

cipios de 1853. De la revolución de 1851 se le originaron considerables pérdidas de intereses. No bastando los recursos allegados por suscripción para continuar la campaña, y no queriendo ejercer expropiaciones, los dos ARBOLEDAS tomaron en préstamo, y bajo su responsabilidad, valores que después reintegraron religiosamente de su peculio particular. Entre tanto sus haciendas del Cauca eran destruidas con bárbaro furor por sus enemigos ensañados.

Los ARBOLEDAS, Cárdenas y otros compañeros, ricos en su patria, desheredados en tierra extraña, se dedicaron en Lima á ocupaciones pedagógicas y periodísticas para ganar la subsistencia. Justo es consignar aquí el nombre del caballero peruano, D. J. J. de Osma, entonces Secretario de Gobierno, que viendo la situación de ARBOLEDA, le ofreció con la mejor voluntad, de su caja particular, el dinero que necesitase. ARBOLEDA, sin aceptar el dón, dió á su generoso valedor explícitas muestras de gratitud profunda.

En el saqueo de su casa de Caloto desaparecieron por aquel tiempo, entre sus papeles, algunos cantos del *Gonzalo de Oyón*. En Lima rehizo parte de este poema. Bajo el pseudónimo *Eldropeito* publicó también dos cartas políticas, muy notables, al General Echenique, Presidente de la República Peruana.

De Lima se despidió con aquellas galanas y melancólicas estrofas que principian :

Me voy de las playas alegres, sùaves,
Do el Rímac corriendo tranquilo murmulla,
Do el céfiro alienta, la tórtola arrulla,
Do nunca ha negado sus rayos el sol! . . .

V.

CAMPAÑA DE 1854.

DEL partido liberal colombiano surgió, como hemos visto, el que después fué conservador granadino, representado al principio, con alguna ambigüedad, por el Presidente Márquez, y fortificado por el triunfo del Gobierno sobre la revolución de 1840.

En el seno de la fracción liberal y revolucionaria, en aquella época, había asomado una división, que el peligro común y la común desgracia encubrieron y disimularon: de un lado estaban los militares y adoradores de la fuerza, entre quienes descollaba Obando, y de otro los predicadores de utopías, dirigidos por el Dr. Azuero.*

Vencido en 1851 y excluido de los negocios públicos el partido conservador, dispersos y emigrados sus prohombres, desenvolvióse en el seno del partido liberal aquel antiguo germen de discordia intestina. Obando, el mismo Obando de antaño, elegido para sucesor de López en la presidencia, era jefe del *draconianismo*; el Dr. Murillo encabezaba á los *golgotas*, autores de la Constitución de 1853.

Venían al poder en ese año un Presidente *progresista* ó *draconiano*, y una Constitución *radical* ó *golgótica*.

Á la sombra de esta discordia, los conservadores

* "Mi candidato ha sido Obando . . ."—escribía Santander en 1836 al Dr. D. Rufino Cuervo. "No he estado por Azuero, porque este hombre con sus teorías nos llevaría al galope al fondo del abismo." Así juzgaba Santander el futuro *golgotismo*.

amnistiados volvieron á la escena política, y ARBOLEDA, que en 53 se había trasladado á Nueva York con su familia, vino á Bogotá en 1854 para asistir al Congreso como Senador por Buena Ventura.

Todo era por entonces sordas amenazas, que á veces estallaban en motines y conflictos parciales en calles y plazas. Obando irresoluto calló y se encerró, dejando que su amigo Melo, Comandante general, tirase por donde la pasión y su buena ó mala suerte le diesen camino. ARBOLEDA, adueñado de los pérfidos planes que se meditaban, los denunció en el Senado con vehementes peroraciones, enseñando con el dedo á los nuevos Catilinas. Se temió, se dudó, difirióse el remedio que pedía el peligro inminente, y á muchos sorprendió el estampido del cañón que en la madrugada del 17 de Abril proclamó Dictador á Melo.

Y aquí fué el huir los diputados, y marcharse á las provincias á promover lo conducente para resistir á la dictadura y restaurar el orden legal. Y no hubieron de conseguirlo, conservadores y *gólgotas*, coligados con el nombre de *constitucionales*, sino en abierta lucha con la Dictadura, continuada con alternativas de prósperos y adversos sucesos, y no terminada sin dolorosos sacrificios.

El Coronel ARBOLEDA organizó la columna Tequendama, y ocupó y fortificó á Honda, como punto estratégico. Con tal determinación, no comprendida ni favorecida por el General Herrera, demostró Arboleda su genio militar y su inteligencia previsora, porque aquella columna fué base de la división que á órdenes del general París conservó la línea del Magdalena, y sirvió á los constitucionales para

concentrarse y rehacer ejército después del sangriento destroz de las fuerzas constitucionales en Tiquiza.

Impaciente por carácter, ávido de ocasiones en que ejercitar su bravura personal, propúsose ARBOLEDA, acercándose á Bogotá, dar un asalto á la guarnición de Guaduas (300 hombres) con las tropas francas que por entonces comandaba. Marchó con su compañero Gutiérrez Lee el 24 de Junio, llevando sólo cien hombres. Pasaron el monte *trochando*; cuando estuvieron á una legua de la población, se vistieron todos de azul y negro; enviaron á un solo individuo que observase á gatas los destacamentos y avanzadas, y luego fueron dejándolas á un lado, deslizándose con cauteloso silencio. De repente cae ARBOLEDA sobre los cuarteles, y aunque la guardia ensayó resistir, esgrimiéndose armas blancas en choque sangriento, logró su intento el intrépido acometedor.

También se debió á ARBOLEDA la ocupación de la Mesa. Desde el 4 de Agosto había escrito á su jefe el General París, pidiéndole le diese orden de atacar aquella importante plaza. "Allí hay mil hombres—le decía;—pero si de nuestros dos mil trescientos soldados se coloca en Coello una división, y marcha sobre la Mesa una columna de mil cuatrocientos hombres escogidos, se destruyen los mil hombres que tiene allí Melo. Poniendo en Coello balsas y champanes suficientes, puede regresar la gente de la Mesa dejándola guarnecida y artillada, y embarcándonos en el Magdalena podemos destruir toda la gente que amenaza á Ambalema, y acabar así con la mitad del Ejército

enemigo, desmoralizando el resto de tal modo que se desgrane.”

No creían los jefes superiores, militares y civiles, ser llegada ocasión propicia para ocupar la Mesa; pero ARBOLEDA insistió una vez y otra en su empeño, esforzando razones; y el general París accedió al cabo. “Como no hay tiempo de discutir—escribió París al Secretario de Estado Ospina el 3 de Setiembre—*me he sometido* obrando de conformidad” (con lo que pedía ARBOLEDA).

Por temerario se tuvo su proyecto, y aun el Poder Ejecutivo meditó entorpecerlo. Pero ARBOLEDA, recabada la orden que de su jefe había solicitado, obró con actividad y alcanzó lo que se prometía, ocupando la ciudad de la Mesa el 11 de Setiembre.

Tres meses más combatió, concentrado en la Sabana de Bogotá, el poder dictatorial. El 4 de Diciembre de 1854 el ejército constitucional tomó por asalto la capital de la República, y restauróse el imperio de las leyes.

Reo de alta traición el Presidente Obando, tocó al señor Mallarino, como Vicepresidente, ejercer el Poder Ejecutivo, y á ARBOLEDA como Presidente del Congreso, dar posesión de su alto cargo al nuevo magistrado.

Del elocuente discurso, después muchas veces reimpresso, que en ocasión tan solemne pronunció ARBOLEDA, transcribiremos el rasgo siguiente:

“Todo anda trocado entre nosotros: el desorden ha pasado del mundo físico al mundo moral. La extraña confusión que se nota en el uso de las voces más conocidas no es sino consecuencia necesaria de

la confusión de ideas. Llámase libertad la ausencia de la seguridad; el sosiego interno, fuente fecunda y pura de industria y de riqueza, se apellida retroceso; el castigo legal de los delitos que pone á salvo la vida y la propiedad de los granadinos se califica de inhumanidad; y argúyese en són de progreso con la anarquía de la conciencia, de la legislación y de la familia. Y siempre están las palabras en contradicción con los hechos, y los labios son siempre disfraz para el corazón! . . .

“En vano ostentará el magistrado su liberalidad con frases galanas de mentida filantropía; que si deja atacar nuestras personas, ó violar nuestras propiedades, ó destruir escuelas y universidades; si permite que el honor de nuestras esposas y nuestras hijas esté á disposición de foragidos estúpidos; si perdona ó no persigue á los delincuentes; por más que hable y arguya, diremos que su liberalidad es la cosa más semejante que hay en el mundo á la tiranía, y sentiremos fuertes y justas tentaciones de cambiar nuestra libertad bastarda é insoportable por cualquiera especie de servidumbre menos onerosa y degradante.”

Quizá no se ha parado la atención en el valor que añaden á estas frases enérgicas las circunstancias en que se pronunciaron. La alianza con los radicales ó *gólgotas* en 1854, inevitable como sacrificio en aras de la legalidad, debilitó en muchos conservadores la adhesión debida á los principios tradicionales de su escuela política. Faltando á la sabia regla agustiniana: *diligite homines, interficite errores*, fraternizábase malamente con las ideas malas. Dificilmente halló Mallarino, ya encargado de la

Presidencia, Secretario que conviniera en firmar las objeciones que opuso á una ley, defendida por no pocos conservadores, que abolía la pena capital para delitos atroces. Toda aquella mezcla y perversión de ideas obró sus efectos naturales, y la Constitución de 1858, fué poco menos que una apostasía.

Pues cuando ya empezaban á estar en boga las zalemas románticas al liberalismo flamante, ARBOLEDA mostraba los peligros y falacias de unas doctrinas cuyos frutos amarguísimos se habían cosechado ya en 1851; aludía á aquella época aciaga con vivos colores, sin respetos humanos, ante un auditorio mixto, en que se veía á los López y Murillos confundidos, en el goce de unos mismos honores de triunfo, con los Ospinas y Herranes; proclamaba, en fin, con ingenuidad y vehemencia duras verdades históricas y altas verdades morales.

VI.

CAMPAÑA DE SANTA MARTA (1860).

LA administración de Mallarino, como su origen y las prendas personales del elegido lo presagiaban, fué una tregua, en que florecieron la paz y las letras.

La elección de Presidente de la República, que entre nosotros es señal de combate, despertó las adormecidas pasiones, y trajo consigo, en 1856, tres caudillos: Ospina, del partido conservador; Murillo, del *gólgota*, que de pequeños principios había crecido, y por entonces se ostentaba adulto y fuerte; y Mosquera, que aspiraba á presidir un nuevo partido, conservador-liberal, que él con ufanía apellida-

ba *nacional*, compuesto de algunos conservadores, y algunos miembros del bando dictatorial proscrito.

Ospina, presidente en el período de 1857-1861,* debía ser víctima de errores ajenos y propios, y de los actos de debilidad y abdicación de su partido. La constitución de 1858 anuló casi del todo el poder central, y con la soberanía de los Estados trajo "el carnaval de los caciques de aldea."† Los *gólgotas*, dueños del Norte (Estado de Santander) extremaron sus locas teorías, minando las bases de la sociedad, y últimamente se rebelaron contra el Gobierno General. Vencida aquella rebelión había de retoñar bien pronto, en alianza y bajo la suprema jefatura de Mosquera, que en el otro extremo de la República, como Presidente del Estado del Cauca, conspiraba con más habilidad y acierto. El había jurado que si triunfaba Murillo le haría revolución con los conservadores, y si era elegido Ospina, lo derriparía con el auxilio de los *gólgotas*. Cumplió el voto y por decreto de 8 de Mayo de 1860 desconoció algunas leyes nacionales pretextando que lastimaban la "Soberanía de los Estados," y negó la obediencia debida al Gobierno General. Obando, que en otra época había escapado de la persecución implacable de este caudillo, se puso á órdenes de Mosquera, hasta rendir triste é ingloriosamente la vida en su servicio.

* El resultado de la elección directa y secreta fué: por Ospina 96,000 votos; por Murillo 82,000, por Mosquera 32,000. Curioso dato, porque en aquella vez por circunstancias excepcionales se manifestó la opinión con no usada libertad.

† Definición que dió de la república federal el S. D. Lino de Pombo.

También se sublevaron los Estados de la costa atlántica, y el país gimió envuelto en el incendio de la guerra civil.

ARBOLEDA, después que pronunció su elocuente oración en 1855, alejóse de la política, y vivió en París atento á la educación de sus hijos. Sólo una vez vino á Bogotá para entender en un pleito por intereses que había entablado contra un antiguo socio de comercio. Llamóle Ospina al servicio del Gobierno; y aunque no eran amigos personales, ARBOLEDA, abandonando familia, y comodidades de vida parisiense, tornó á someterse á las fatigas de Sísifo en el infierno de nuestras guerras civiles.

Primeramente recibió órdenes para pasar al Cauca y oponerse á Mosquera; pero al llegar á la costa atlántica se le previno que tomase á su cargo las escasas tropas nacionales que había en Santa Marta, y procurase restablecer el orden en aquella región anarquizada. Pero después de una campaña de mar y tierra que sostuvo con éxito vario, por algunos meses, luchando con increíbles dificultades, por falta de marina, y por la incurable indisciplina de la tropa, tuvo por fin contraria á la fortuna. Una escuadrilla que debía bajar el Magdalena para obrar en combinación con las fuerzas de Santa Marta, no pudo llegar á su destino. Entre tanto la desmoralización de las tropas radicaba en hábitos que aun la energía de ARBOLEDA no fué poderosa á extirpar. Ni es fácil organizar fuerzas regulares donde nunca ha habido costumbre de obedecer. "Aquí no hay ejército—decía él medio despechado;—aquí no se tiene idea de la noble y elevada profesión de las armas." En Riohacha se había amotinado un cuerpo de ca-

ballería: el jefe dió aviso á ARBOLEDA, quien se trasladó armado al cuartel, prendió á los autores de la sedición, y los puso en capilla para hacerlos pasar por las armas. Pero la población entera pidió gracia é impidió la ejecución. "Tuve la debilidad—decía ARBOLEDA—de ceder á la opinión general, y perdonar á los amotinados: golpe fatal á la disciplina, del cual en parte me reconozco responsable."

Después de varias peripecias fué ARBOLEDA sitiado en Santa Marta desde el 19 de Noviembre, por fuerzas superiores á la guarnición, que llevaban un grueso tren de artillería de todos calibres. El 1.º de Diciembre los sitiadores dieron un asalto, y ARBOLEDA poniéndose á la cabeza de una columna, los rechazó con mas bizarría que buen suceso, porque no pudo seguirles el alcance. Los sitiadores, reforzados, emprendieron á poco romperse camino de casa en casa para cortar las trincheras: á veces se encontraban pared de por medio sitiados y sitiadores; se hacían disparos de casa á casa, cruzábanse los fuegos en las calles. Allí perdió ARBOLEDA sus mejores oficiales, uno de ellos, el hijo del General Tomás Herrera, cayó mortalmente herido el 4 de Diciembre, aniversario del día en que había muerto su padre en la toma de Bogotá. La población favorecía y auxiliaba á los invasores, los cuales no tardaron en pegar fuego á la catedral, y en ocupar sus naves, después de reducir á cenizas gran parte del edificio. Al tratar de desalojarlos de allí tuvo ARBOLEDA el inmenso dolor de ver morir al Comandante Madero, "uno de los hombres más valientes y mejores oficiales que había conocido en su vida." En vano hizo ARBOLEDA minar varias casas ocupa-

das por los revolucionarios. Tantos días de fatigas, tantas noches seguidas de combate, la ausencia de sueño, la mala alimentación, quebrantaron la privilegiada salud de ARBOLEDA, y estuvo gravemente enfermo. Á tal punto llegó el desorden y el desaliento de los sitiados que el 13 de Diciembre, cediendo á la necesidad, dictó la orden de embarcar los elementos de guerra en dos buques de que disponía, y haciendo rumbo á Colón, partió de Santa Marta con dolores agudos y fiebre intensa, el 14 de Diciembre.

VII.

CAMPAÑA DEL CAUCA (1860-1861).

○ CORRÍA el año de 1861.

Con los restos de la división que combatió en Santa Marta, y eficazmente auxiliado por el Intendente D. José Marcelino Hurtado, organizó ARBOLEDA en Panamá una expedición sobre el Cauca. Llegado á Pasto en Marzo, resolvió marchar sobre Popayán, capital del Estado del Cauca.

Todo anunciaba, mediado el año 61, la ruina del Gobierno y el triunfo de la Revolución. Mosquera, dejando en el Cauca sus tenientes, había pasado la Cordillera; bate el ejército legitimista en Segovia, ocupa las provincias de Neiva y Mariquita, abre campaña en la Sabana de Bogotá, destroza el ejército de reserva del Gobierno, y toma por asalto la capital el 18 de Julio.

Quedaba en pie el general Canal en el Norte. Con escasa y valerosa tropa emprendió una brillante retirada, en que rechazó al paso á los que le perse-

guían (puente de Boyacá), atacó con denuedo, pero sin éxito la fortaleza de San Agustín, é incorporándose las guerrillas de Cundinamarca, y atravesando de extremo á extremo la República, llegó á términos del Estado del Cauca, donde, por lo visto, iba á reconcentrarse y decidirse por las armas la querrela entre la legitimidad y la revolución.

El Estado de Antioquia, limítrofe y émulo del Cauca, permanecía fiel al Gobierno legítimo, y sus tropas al mando de Henao, habían de unirse, invadiendo el Cauca por el Norte, á las que por el Sur traía ARBOLEDA, formando un ejército aliado bajo el mando del último. Fuera de aquella región (Sur y Occidente), en toda la República, avanzado ya el año 61, imperó la Dictadura.

Con las dificultades de la guerra se habían complicado las del orden político y constitucional promovidas también por Mosquera. Es el caso que el período de la presidencia de Ospina cesaba el 1.º de Abril de 1861. Para el nuevo período había sido candidato D. Pedro Alcántara Herrán; pero como este general, benemérito é ilustre, fuera yerno de Mosquera, parentesco que recordaba, sin sus odios mortales, el de César y Pompeyo, su candidatura se creyó inoportuna, y sin anuencia del Presidente Ospina (ésta es la verdad) fué cambiada en medio de la guerra y á última hora por la de ARBOLEDA, que con su intrepidez y abnegación, y el prestigio que por ello ejercía, se granjeaba forzosamente las voluntades de sus copartidarios. Por él sufragaron do quiera, y en cuanto las armas dieron plaza á las urnas; pero su elección no fué confirmada, porque faltando el *quorum* reglamentario, por

ausencia intencional de los diputados liberales, no pudo reunirse el Congreso de 1861, al que tocaba sancionar el voto de los pueblos y proclamar el nombre del nuevo Presidente.

Llegó el 1.º de Abril, y entró á ejercer el Poder Ejecutivo el Sr. Calvo como Procurador general de la Nación. Cayó su gobierno el 18 de Julio, y D. Mariano Ospina, y Calvo, y otros, fueron sepultados vivos en las bóvedas de Bocachica por Mosquera. Recibió entonces el depósito de la autoridad legítima, como Secretario más antiguo, D. Ignacio Gutiérrez, que la ejercía oculto; y descubierto, y reducido á estrecha prisión, pasó aquélla á manos de Canal, presidente constitucional de Santander, quien siguió ejerciéndola, en el Cauca.

ARBOLEDA, por la cuenta, no hizo méritos de sus títulos á la presidencia. Dejando á otros los cargos civiles, él no tomó, para sí sino el mando militar, por delegación de juntas de padres de familia, y de los jefes oficiales de los dos Estados aliados, Antioquia y Cauca. Con todo eso, en medio del humo de los combates erguíanse dos figuras prominentes y contrapuestas: la de Mosquera, cabeza de la revolución asoladora, y la de ARBOLEDA, á quien todos contemplaban como verdadero caudillo conservador, como única esperanza de salud para la náufraga causa de la legitimidad.

Los triunfos de la revolución en el Centro coincidieron poco más ó menos con los de la restauración en el Sur. Volvamos la vista un poco, y anudemos la relación de la campaña gloriosa aunque desgraciada, que inició ARBOLEDA en Pasto.

En aquel apartado confín el intendente Sr. Za-

rama, ayudado por el coronel J. Córdova, había mantenido la comarca fiel al orden constitucional, y apercibidos los ánimos para repeler la desbordada ola revolucionaria.

Pero ARBOLEDA, como queda dicho, resolvió avanzar sobre Popayán. Mal hallado con voluntarios acordó, con arrojo imprudente, disolver los batallones de Pastusos, é invadir sólo con la tropa de negros de la Costa que había traído de Panamá; por fortuna los jefes de aquellos no lo abandonaron, y reorganizados en parte, luégo que él hubo marchado, el coronel Antonio Rosas no sólo le alcanzó en Bolívar, sino que en el primer glorioso encuentro de armas que ocurrió, tocó á este denodado patriota parte principal en el triunfo.

Nos referimos aquí á la célebre batalla de *Los Árboles*, que se dió en las afueras de Popayán, á 30 de Junio de 1861.

“Nunca como allí—dice la relación de un testigo—se vió pelear con tanto denuedo y bizarría á los jefes, oficiales y soldados de la fuerza del Sur que en número de 800 hombres lidiaron durante un día contra 1800 comandados por los generales Pedrosa y Quijano. El general Córdova (Jacinto), los coroneles Rosas, López, Miramón y otros muchos dieron muestras de su arrojo y valentía; de tal suerte que los que no quedaron muertos, fueron heridos; el mismo ARBOLEDA salió lastimado de un golpe de bala.”

El batallón segundo de Pasto, á cuyo frente iba el intrépido general Eraso, llegó á *Los Árboles* al día siguiente de la sangrienta porfía; y este refuerzo permitió á ARBOLEDA estrechar el sitio á la ciudad de Popayán, refugio de las tropas de reserva que unidas